

y la religión (nunca dejó de rezar al dios cristiano en todos los momentos difíciles, e incluso enseñó a sus hijos los elementos rudimentarios de su fe). Unos años después, Helena Valero pensó en volver con los yanomami, pero considerando las dificultades de readaptación y los muchos peligros de la selva no lo hizo. Helena se encuentra ahora en el medio de las dos culturas y la indación la convierten en un crítico observador de ambas. Es, quizás, por ello que se apresita a contar su biografía, que es la de su vida en cautiverio, y la de los pueblos indígenas del área. El relato, vibrante, emocionante y tierno, es también una extraordinaria etnografía de los yanomami del Orinoco, uno de los grupos que, hasta hoy, se han conservado más alejados de las influencias de la civilización occidental.

D

oce años era los que yo tenía entonces. Me encontraba en Taracuá estudiando en las hermanas salesianas. El padre Joao Marqués, director de la misión, le escribió a mi papá diciéndole que no podían seguir teniendo en un colegio que era para indios y no para civilizados. Como mi papá estaba por el río Xié, la carta la recibió mi abuelo, en Nazarete, donde vivía mi familia, y él contestó que, al regresar mi papá, saldrían a buscarme. Como un mes demoraron en llegar a Taracuá. Con ellos volví a Nazarete.

Durante cuatro meses estuvimos recogiendo yuvia en las selvas de Tapurucuara y la llevamos a la isla. Terminada la cosecha montamos de nuevo, pero en Sao Gabriel se murió mi hermana Julia: diarrea con sangre fue lo que la mató. ¡Pobreceja! Por allá nos quedamos un mes para recoger cogollos de caña dulce y estacas de yuca brava. Era agosto de 1932.

Enseguida salimos para Bimiti. Mi papá halaba en la proa y mi mamá en la popa. Papá quería llegar pronto, descargar, regresar adonde habíamos dormido, dejarnos a nosotros y él ir a pescar. Cogió su machete y subió la barranca hasta perderse de vista. Mi papá me contó lo que había pasado, veinticuatro años después. De pronto, sintió que algo duro se le había clavado en el brazo. Era una punta de flecha encurrada, de esas que entran y se quiebran; la flecha había rebotado. Pensó enseguida en los indios y se vino corriendo al puerto con el machete en la mano, la sangre manándole a chorros de la herida. Así lo vimos nosotros, llegar y brincar a proa.

—¿Qué fue, Carlos? —le preguntó mi mamá.

El mostró la herida. Con los dientes se sacó la punta y se la dio a mi mamá.

—¡Los indios! ¡Halén muchachos!

Nosotros halamos río abajo. Cuando estábamos algo lejos del sitio, papá mandó que botáramos al agua la yuca y la caña. Todo era silencio. Yo pensaba que los indios se habían quedado atrás, pero mi papá nos dijo:

—Miren: los indios ya están en el caño.

Miré y vi a muchos indios metidos en el agua hasta el ombligo, que nos apuntaban con sus arcos. Por la orilla habían corrido para atajarnos en un peñascal donde el caño se angostaba. Por las dos orillas venían corriendo indios y ahora comenzaban a flecharnos.

—¡Acuéstense! —gritó mi papá y una flecha le pegó en la cabeza. Otra le dio en la espalda. Caían como aguacero. Una me pegó en la barriga, a la derecha; pasó debajo del ombligo, volvió a salir por la izquierda y se clavó en el muslo, cosiéndome la ropa. Grité. Traté de levantarme pero no podía. Quise rasgar el vestido: nada. Me doblé sobre mí misma. Mi mamá vino, quebró la punta por donde asomaba, mordió el pedazo que quedaba en el muslo y lo sacó. Yo gritaba de dolor, de terror. Llorando, ella me dijo:

—¡Ahora sí, mi hija, los Macú nos van a comer! —Ella había recibido ya tres flechazos, en las piernas y en una nalga. Mientras

me sacaba mi punta, le dispararon una flecha en el espinazo y otra en el brazo izquierdo. Se las fue sacando, pero no podía sacarse la del espinazo. La barca para colmo iba aproximándose a la orilla.

—Ahora sí los indios van a acabar con nosotros —nos dijo papá. Y comenzó a gritarles—. ¡No flechen! ¡Somos amigos! ¡Tengo machetes para ustedes!

Los indios hacían señas pegándose la boca con la mano como si tuvieran hambre.

—Allá abajo tengo mañoco— les gritó mi mamá en ñeengatú—. Les vamos a dar mañoco.

Entonces dejaron de flechar. Pero ya nosotros estábamos más cerca de los que nos querían cerrar el paso. Allí estaban, todos desnudos, con el miembro amarrado hacia arriba; algunos pintados de negro, con la cabeza afeitada arriba como los frailes; alrededor de la cabeza alguno llevaba una banda de piel de tigre; otros la llevaban alrededor del brazo. Seguían algunos apuntándonos; otros con el arco halaban la corriente como para que nuestra barca les llegara más rápido.

—No hay más remedio —dijo mi papá—. Tirémonos al agua. —Y se zambulló.

Detrás de él, todos nosotros. Llegamos a la orilla. Allí vimos a los indios, que ya habían cogido la barca, gritando como condenados. Con la ayuda de papá subimos la barranca; mamá cargaba a Anisio. Andamos un ratito monte adentro.

—La niña no tiene más fuerza para andar —le dijo mi mamá a mi papá—, cárgala.

Mi papá me cargó a cuestras y le dio a Luis el machete. Mi mamá se fue perdiendo con Anisio. La cabeza me daba vueltas. Miré y vi a tres indios que nos seguían con sus arcos y flechas. Entonces dije:

—Papá, me siento cansada, siento que voy a morir. Déjame aquí.

Veinticuatro años después mi papá me recordó que también dije:

—Papá, sálvate con mi hermano. Algún día nos vamos a encon-

trar. —Y no sentí nada más.

Según me contó él, me dejó en el suelo, rompió dos ramas como señal para volver a buscarme y, corriendo, se alejó con Luis, que no tenía ninguna herida.

Yo me desperté la misma noche del día que me robaron. A la luz de un fogón me vi acostada en un chinchorro de algodón: un hombre a mi derecha y una mujer a mi izquierda. Creí que ella fuera mi mamá; pero no, le vi desnuda, gorda y me puse a llorar. Yo también estaba desnuda, me habían quitado toda la ropa. El hombre, desnudo también, era un indio viejo; cantaba porque era brujo; tenía una barbita y las cejas blancas. Tiempo después me indicaron que invocaba a Mamokoriyoma, el antepasado que era dueño del curare, para que me limpiara la herida y sacara todo el veneno que tenía. Alrededor había muchos tapiris. En cada uno un gofón prendido. Los indios, casi todos durmiendo; algunos cocinaban cacería. Había varias mujeres rayando yuca. Los miré a todos y me sentí tumbada. Me senté y me puse a llorar. La vieja entonces me dio un pedazo de casabe para comer. Cogí y mordí: ¡amargo! Era el curare que me lo hacía saber así.

La vieja al verme llorar me regañaba. Para hacerme callar, los hombres me amenazaban con los arcos. Todos hablaban y gritaban, pero yo no entendía nada. Pasé un buen rato sentada sobre la leña, después la vieja me hizo acostar. Entonces me dormí. Cuando me desperté ya era de día.

Me levanté y me puse a mirar. Me sentí como en otro mundo: puros indios, todos desnudos, hablando otra lengua. Un sueño me parecía, pero demasiado claro, demasiado malo. Ellos comiendo chácharo con casabe. La vieja me trajo caldo de chácharo, yo no quise y se lo tomó ella. Vinieron otras mujeres a verme, ofreciéndome comida. Nada, yo no quería. Conversaban ellas. Por las señas que hacían, entendí que se referían a cuando habían querido flechar a mi papá.

Me senté a llorar, pensando si serían capaces de matarme. Los hombres se estaban pintando con carbón. Cuando acabaron de pintarse, la mitad de los hombres se fueron. Los Yamonawé-thari, más tarde, me contaron que estos hombres se habían ido hacia la

boca del Bimití, a ver si encontraban a otros civilizados para sacles machetes, ollas, cuchillos.

Después de seis días, finalmente regresaron aquellos indios que habían ido hasta la boca del Bimití. Conversaban mucho. Habían traído mucha cacería. Allí pasaríamos todavía unos quince días. Los hombres salían algunos a cazar y otros a cuidar el caño, por si venían los civilizados. Yo no me sentía bien. La herida que tenía en la barriga seguía echando materia; la sentía hinchada y tibia como un tambor.

Yo me encontraba en el grupo de los Kohoroshi-thari. Ellos eran los que me habían raptado, su cacique se llamaba Ohirivé y como enemigos tenían a los Karawé-thari y a los Shama-thari. Dormimos todavía allí. De madrugada el cacique avisó y, cuando amaneció, comenzó la salida. Las mujeres cargaron las cosas que habían encontrado en las casas de mis tíos: ollas de barro y de cobre, pedazos de rallos, totumas, latas. Y, junto con eso, mapires llenos del casabe que habían hecho. Los hombres se llevaban tres hachas y cuatro machetes que habían encontrado. Cuando ya iban saliendo yo me puse a pensar: "Si me dejan sola aquí, me voy poco a poco por la orilla del caño, y llevo al río Negro". Pero no, me mandaron que saliera con ellos. Aunque la herida ya no me dolía tanto, yo trataba de caminar despacio, a ver si me dejaban. Entonces obligaron a Matchema, una mujer joven y fuerte, que me cargara. Ella se terció una banda de majagua y me cargó.

A la mañana siguiente volvimos a andar. Aquellos hombres que se habían montado en el árbol para ver lejos, iban delante de nosotros. A media mañana íbamos subiendo un cerro. Yo esperaba que los demás pasaran para escaparme, pero siempre venía alguien atrás. De mis dos heridas salía materia: dolían mucho. Sin embargo, me hubiera escapado lo mismo.

Tres días antes de llegar al campamento la gente había dejado de comer carne. La guardaba para sus hijos y mujeres que esperaban. Una mañana llegamos a un lugar donde había rastros de los hombres que se habían quedado para cuidar el campamento de las mujeres. Se veía claro donde habían estado sentados un día antes no más. Entonces subimos a un cerro y bajamos a un

caño grande que tenía mucha piedra. Atravesamos y nos sentamos al otro lado. Aparearon las cargas. Y todo el mundo a bañarse restregándose con helecho. Con estas hojas se froían los que han matado; ellos habían sólo herido, pero allá en el Maricocabi se las pasaban pintándose con carbón y ahora necesitaban una buena limpieza. Heniyoma me hizo sentar y empezó a cortarme el pelo con aquella astilla de bambú. Me puse a llorar porque allá en el Maricocabi había visto como les rapaban la mollera a las muchachas y les recorraban el pelo. Ella me mostraba la cabeza rapada de su hija para que yo no tuviera miedo. Luego me llevó a bañar. Entonces cogió onoto y me pintó casi todo el cuerpo. Me puso el guayuco, también me puso unos cordeles de adorno en los brazos y debajo de la cintura.

Los hombres encargados de cuidar el campamento habían salido de cacería. Las mujeres estaban allí con los niños asando unas papas grandes de sabor amargo. Heniyoma me llevó derecho al taripi de su hermana. Me senté en el suelo. Los primeros hombres ya habían avisado de mi llegada. Por eso se juntó mucha gente alrededor mío: viejos, mujeres, niños. Los viejos tenían en las orejas colmillos. Todos me querían tocar. Me halaban el pelo. Yo me puse a llorar y pensar: "Ahora sí me van a matar y comer". Me llené de miedo. Los viejos hablaban. Yo no entendía nada. La gente venía a verme pero la vieja los regañaba. Ella pensaba guardarme para su hijo, Sheretowé, que tendría unos doce años. Era brava la mujer, pero me trataba bien. Las mujeres Karawé-thari sentían celos por las recién llegadas.

Al día siguiente, tempranito, alumbrándose con tizones, salieron los hombres adelante para llegar a un canuco donde tenían pijiguo. Después que amaneció salimos los demás. Por la mañana Hekurawé había dicho: "No dejen salir a sus hijas del *shapomo* (vivienda comunal). Durante la noche he oído cantar a las palomas horama. Quiere decir que los enemigos siguen rondando por ahí cerca". Así y todo salí a hacer necesidades. En eso estaba cuando ¡racl! oí quebrarse una rama a poca distancia. Eché enseguida a correr y detrás de mí, Hokotonama. Desde el caño vimos que también venían corriendo varios niños. Gritaban: ¡Enemigos,

enemigos!

Entramos al shapono. En eso cayó el primer ramalazo de flechas que se clavaron en el patio. Los hombres cogieron sus arcos y flechas y esperaron. Estaban asustados porque eran muchas las flechas caídas y ellos eran pocos, no pasaban de ocho. Yo me quedé en la casa de Mawama. Me mandó a esconder detrás de unas gaturras y en ellas fue donde se clavaron en seguida dos flechas encerradas. Mawama gritaba. Los hombres de adentro no hacían nada. Es que no sabían quienes eran los atacantes. Por saberlo, Paushiwé gritó: —¿Quiénes son ustedes?

No contestaban los atacantes. Paushiwé entonces comenzó a flechar hacia afuera y también sus hermanos. El shapono estaba todo regado de sangre. Los hijos de Hekurawé también estaban muertos. Lo mismo uno de aquellos niños que habíamos visto correr trayendo agua del caño. Otra niña que iba corriendo, había recibido un flechazo en el cuello. La madre, que había corrido para recogerla, recibió a su vez otro flechazo en la rodilla. Había muerto varias mujeres, especialmente viejas, y casi todos los hombres. Los heridos graves desvariaban, temblando, con los ojos perdidos, orinándose, arrastrándose por el suelo con las manos, como tortugas.

Waoma gritó: "Tú Shama-thari, dices que eres valiente, pero matas mujeres, matas a viejos que ya no tienen fuerzas para flechar. Si hubieran estado aquí nuestros jóvenes no hubieran hecho esto. Al-gún día me contarán que también te han matado a ti."

Nosotros esperamos en fila. Al fin, Ruwahiwé dio la orden de salida. Comenzamos a andar siempre agarradas de los hombres. Ya era mediodía. Llegamos pronto a un shapono viejo, de techos rotos, pero que tenía empalizada. Nos sentamos todos y los hombres comenzaron a ver cuántas mujeres éramos, cuántas había agarrado cada quien.

—Yo agarré dos—decía uno—, pero ésta no la quiero.

—Dásela a aquél—dijo Ruwahiwé. Y el hombre se la dio a un soltero que no había agarrado ninguna.

—Yo agarré tres—decía uno—. Me quiero llevar sólo una. Quedan dos.

—Patamamp-wei-thari, coge a ésta—le dijo Ruwahiwé a uno—. Tu coge a esta otra—le dijo a otro.

Así las iban repartiendo.

—¿Y de dónde es ésta?

—Es Napéyoma—contestó Hokotonama—. Los Karawé-thari fueron a atacar a los Kohoroshi y se la quitaron.

—Yo no la quiero.

—Yo tampoco la quiero—dijo otro—, está muy flaca.

Nadie me quería llevar.

—Se compondrá—repitió Ruwahiwé—, cuando sea mujer hecha, tendrá hijos. Quiero tener una esposa de otra raza.

Allí formamos de nuevo fila. Los hombres gritaron, patearon el suelo, batieron arcos con flechas y salimos, al fin, apuntando ellos con sus arcos para los lados. Los hombres que habían matado, que eran casi todos, llevaban agarrada la presa por la muñeca con una hoja para no tocarla directamente. Caminamos todo ese día. Los hombres adelante y nosotras detrás. De pronto topamos con unos hombres pintados de negro, sentados. Cuando pasamos nosotras, uno de ellos brincó y me agarró por un brazo. Yo grité y vinieron las otras mujeres a defenderme, pero los otros hombres se pusieron a ayudar al primero. Hubo forcejeo y se me cayó el niño que cargaba, su madre gritó. El hombre dijo:

—Nosotros nos la llevamos. Ustedes la maltratan. ¡Miren como le dejaron la frente!

—Sí se la llevan—dijo Iranamea, mujer de Ruwahiwé—van a ver cómo mi marido los va a flechar. ¡Sueltenla!

Koroninama le dio un mordisco en la mano al hombre que me tenía agarrada. Las mujeres eran muchas y vencieron. Los hombres me soltaron. Yo me eché a correr delante. Oí a uno de aquellos hombres que gritó: —Yo la voy a matar. Así no queda ni para ustedes ni para nosotros.

El disparó una flecha de arpón que se clavó en el palo, cerquita de mi cadera.

—Ahora sí quedó para ustedes. ¡Ha, haaaaaa!—gritó a las mujeres asustadas por creer que me habían acertado.

El no se dio cuenta del error. Yo aproveché para correr fuera

del camino. Mi cuerpo temblaba. Escondida detrás de un palo oía a las mujeres que discutían si yo estaba herida o no. Ellas siguieron caminando hasta alcanzar a sus hombres y avisarlos de lo que había sucedido. Yo me quedé. Por la tarde oí que Yakima me llamaba, pero no le respondí. Allá me quedé toda la tarde.

Era la primera vez que yo iba sola por la selva: lloraba, sentía mucho miedo. Me dolía el brazo que me habían torcido. Caminando por la orilla del aquel cañito, encontré cacao, parí uno y me puse a chupar. Después subí por un cerrito. Volví a cargarme el mapirito y me quedé pensando donde ir. Subí a una altura y bajé a un llano. Anocheché junto a ese caño y allí quebré unas hojas para hacer mi camita. Rompí leña para el fogón; qué ruido hice en aquella soledad pero no tenía miedo de que me oyeran. Después bajé al caño, metí la mano en unos huecos de la orilla y saqué dos cangrejos. Los machuqué. El sol estaba bajando. Era verano y no llovía. Allí me puse a pensar, a llorar, a recordar a mis parientes, a las monjas, mi primera comunión. Luego le recé a María Auxiliadora para que me hiciera encontrar el camino. Sentí como una esperanza. Agarrándome los dedos, fui rezando el rosario y me dormí tranquila. Me desperté, aticé la candela y volví a dormir. A la mañana siguiente fui al caño a lavarme; había rastros de gente. Pensé que fuera la gente de Ruwahiwé. Seguí los rastros para ver a donde iban. Decidí presentarme.

Reconocí a Yoipanama, hermana de Ruwahiwé, que en el caño estaba bañando a sus hijos. Las mujeres me rodearon para preguntarme qué me había pasado. Miraban si la flecha me había herido. Me dieron de comer. El mismo día salimos de regreso. Todos íbamos cargados. Subimos un cerro y empezó a soplar el viento, a ponerse feo el tiempo, a sonar los truenos. Llovíó, llovíó duro. Ellos corrían. Yo me quedé retrasada. Caminaba agachada por el peso y con los brazos afianzando la majagua en la cabeza, no me di cuenta. Cuando escampó miré. El caminito bajaba a un caño. ¿Y la gente? Solté el cachicamo y grité. Nadie respondía. Creyéndome fuera del camino me volví. Llegué a donde había comenzado a llover, pero no encontré otro camino. No quedaban rastros porque era camino de piedra y donde era tierra, la lluvia

los había borrado. Volví por el camino donde había gritado. Era tarde. Seguí pero sin rumbo. Me metí por un caminito y por el me fui. Allí oscureció por completo. Estaba sola, sin candela, nada. Subía y bajaba por aquellas piedras. Bajando sentí que me resbalaba. Rodé abajo con todo aquello un pocotón de metros. Perdí el sentido: el caparacho me había lastimado el espinazo. Después sentí que el agua golpeaba sobre una hoja y abrí los ojos. Traté de tantear con los brazos. Aquello era todo bejuco y maleza. Sentí sed. No podía bajar porque había un barranco oscuro. Me fui por un lado. La luna apareció. Cuando ya estaba alta algo me picó en la barriga. Traté de botarlo, pero en eso sentí otra picada en una pierna. Entonces me dejé resbalar. En la pata del tronco estaba la cueva de esas hormigas 24 y se me pegaron muchas, me picaron toda.

Al fin, espera que espera, amaneció. Yo me quedé arriba, hasta cuando —serían las nueve— oí que venían mujeres gritando. Era Yakima con otras mujeres y un muchacho que habían encontrado mis rastros. Yo arriba, calladita, sin responder. Quería que se acercaran más. Al fin respondí y, cuando vi a la gente ya a pocos pasos, me bajé. Les mostré los rastros del tigre que me había velado toda la noche.

De regreso vi un sapo grande. Lo miré. El me miraba abriendo y cerrando los ojos. Se lo enseñé a Yarima. Ella lo mató. Wereima dijo que le botara toda la sangre porque es venenosa. Cuando volví del caño vi a una niña comiendo algo. "¿Qué estás comiendo?" —le pregunté. Miré al fogón y vi que no quedaba nada de los huevos del sapo. "Anda a vomitar detrás de la casa" —le dijo su mamá. De repente se cayó a un lado. Cuando el brujo comenzó a pasarle las manos sobre el pecho, la niña volteó los ojos, respiró por última vez y se murió. Entonces vino una muchacha y dijo que la niña había comido los huevos del sapo que yo había tirado al fogón.

—¿No saben ustedes que eso es veneno? —dijo Preyurama.

—Fueron los hekura que la mataron —dijo la madre.

—No —contestó la muchacha—, fue Napéyoma que la envenenó con huevos de sapo. Allí mismo la vieja comenzó a maldecirme.

—¡Maten a Napéyoma! —gritaba—. ¡Mátenla! ¡Muera ella como murió mi hija!

Yo estaba sin culpa, pero me ponían los pelos de punta aquellos gritos, aquella lloradera. Después me dormí. Tenía la conciencia tranquila. De madrugada Paruma me despertó y me dijo:

—Huye al monte. Esa mujer quiere que te maten. Aquellos jóvenes están poniendo punta de curare en sus flechas para matarte.

—No, no huyo —le contesté—. Yo no le di de comer huevros de sapo a nadie.

—Esa gente te va a matar —respondió ella. Yo me volví a acostar.

Ella entonces me sacó a la fuerza del chinchorro. "Vete por aquí —me dijo, y me hizo salir por un boquete del techo—. Escóndete en el monte y espera que pase un tiempo. Ellos se olvidan. Luego regresarás."

No sabía adónde ir. Bajé por una ladera y encontré un caninito. Me fui por él, ya que no tenía rastros recientes. Llegué a un caño, me bañé. Quise dormir. Quebré unas hojas de macanilla y las eché sobre las raíces de un árbol. Mi casa estaba hecha. Así un plátano y me lo comí. Después bajé al cañito a tomar agua. Volví y me puse a rezar. Me acosté y me dormí. La mañana siguiente la pasé allí, descansando. Sólo en la tarde salí a ver si encontraba rastros de gente. Estaba desesperada con eso de buscar camino. Esta vez estaba de verdad decidida a no buscar más. Cogí el camino de vuelta. De pronto, en el suelo, vi algo como onotado, no me dio tiempo de parar y lo brinqué. Me voltré y vi que era una culebra grande. Ahora levantaba la cabeza y me mostraba la lengua. Seguí corriendo a orillas del caño y perdí el camino. Amanecí contenta esa mañana. Después pasaron unos hombres. "¡No flechen! —les grité. Una mujer me preguntó: ¿Eres Napéyoma?"

—Yo misma —le contesté—. Estoy viva. Los Shama-thari me flecharon, pero no me he muerto. Estuve sola viviendo en el monte mucho tiempo hasta ahora.

—Dale un plátano asado para que coma. Si no lo come es *pore*

(fantasma).

La mujer me lo dio y me puse a comer. Mientras comía les fui contando cómo me habían querido matar.

Llegamos al campamento, lo limpiamos y nos quedamos. Desde entonces comencé a quedarme definitivamente con los Wanima-thari y a ser esposa de Husiwé. El tenía cuatro mujeres antes que yo. Para donde iba él con sus mujeres iba yo también. Pero entre sus mujeres siempre había discusiones. Se halaban por el pelo, se daban toletazos. La más pretenciosa era Toroma, la más joven, la más rebelde, la más celosa. Yo, poniendo más cuidado en las palabras, logré que Husiwé me tratara bien.

La noche anterior de nuestra llegada yo había tenido fuertes dolores de parto. A la mañana siguiente, tempranito, me fui sola a un conguito. Durante el viaje aumentaron los dolores. En mi gatura llevaba dos camisas; las dejé en el canuco y me metí por el monte. Allá me llegó mi hora y nació mi primer niño. Como no lloraba ni se movía creí que estaba muerto. Sin más me puse a buscar hojas de casuco para embojotarlo; volví con las hojas y encontré al niño llorando. Una avispa lo estaba picando en el brazo. Una hormiga lo había picado en el cuello; otra lo estaba mordiendo en la barriga; estaba lleno de hormigas. Me dio pena, pero me alegré: estaba vivo. Se meneaba y chillaba. "Ahora —dije yo— ¿cómo hago para cortarle el ombligo?". Me acordé que a orillas del conuco había ese bambú que yo siempre usaba para sacarle las tripas a los lagartos que comía. Le corté el ombligo. Cogí la placenta, la embojoté en hojas de casupo, agarré el niño y me fui al conuco. Bajé a un caño y dejé al niño en la orilla. Me bañé, llené mis camisas y vine a bañar al niño. Como el agua estaba fría, él chillaba. Cogí al niño y me fui al conuco donde estaba la candela. Me calenté con ella y después al sol. Con el calorcito el niño se durmió. Era bello.

Por la mañana salimos. Por ahí encontramos a Ruwawé. Él era hermano del muerto. Ya había sido avisado y tenía luto en los cachetes. Llegamos al shapono a mediodía. Al muerto lo col-

garon en un chinchorro, dentro de la casa aunque sin adornar, porque no había sido brujo. Ya estaba hinchado y hediendo; por eso Yaroma y los demás se tuvieron que ir a dormir a la casa de al lado. La gente iba a llorar un poco apartada. Al muerto se le oían los ruidos de la barriga. Después comenzó a gotear por debajo: se había reventado en alguna parte. Sawawé mandó entonces que buscaran leña y quemaran el cadáver. Los parientes no lo quemaron a menos que sea un niño. Al día siguiente llegó toda la gente. Desde lejos venían gritando y llorando. Se acercó al muerto y le ponía las manos sobre el pecho, sobre la cabeza; después se iba y volvía a hacer lo mismo, siempre llorando y gritando. Los parientes griaban, lloraban, bailaban mostrando los corotos del difunto. Husewé tenía un arco con sus flechas y decía:

—Ven; vuelve; levántate. Aquí están las flechas. Anda de nuevo a cazar. Este es el garrote con que tu peleabas. Siempre fuiste valiente. Tu defendías a tu hermano menor. A ti nunca te gustó pelear con flechas. Esta era tu arma. Con ésta tu matabas gente y todo el mundo te tenía miedo. Hermano, llévate tu garrote para defenderte por donde andas ahora.

La hoguera ardía. Ya tenía como tres horas de fuego y quemaban el corazón, el estómago, el hígado y las tripas hechas una pelota. Eso lo quemaron a un lado y los huesos los empujaron para otro lado de la hoguera. Cuando oscureció ya estaba todo quemado. Taparon los huesos con hojas de plátano. A la mañana siguiente los hijos fueron a recoger los huesos. Había mucha ceniza de muerto que tomar. Nos juntamos en la maloca grande con los invitados.

.....
En esos días de noche cantaban las mujeres. Se abrazaban de dos o de a tres y cantaban. Cantaba una y las otras respondían. Varias veces me invitaron para que cantara yo también. A eso de las dos los hombres comenzaron a pintarse. Ya se habían bañado viniendo del conuco. Primero se untaron de onoto fresco, después se hicieron dibujos con una mezcla de onoto y caraña. Las mujeres les ayudaban a hacerse dibujos donde ellos no podían llegar tan fácilmente. También en la cara porque entonces no te-

nían espejos.

Terminada la fiesta, los Pionowé-thari se fueron. Sin yo verlo, Miramawé cogió una pata de babilla que Husiwé había cazado y se puso a comerla, pero el perro se la quitó. De tantas ganas que tenía el perro se atoró y se cayó muerto. Yo no me había dado cuenta de nada, pero sí se había dado cuenta Husiwé que estaba brujando a Amuhuwé. Cuando vió su perrito muerto cogió un tizón y, sin que yo lo viera, se me acercó y me dio un golpe en el brazo izquierdo. Me caí privada. Me contaron después que él iba a pegarme otro leñazo, pero Yepiani se lo impidió.

Cuando volví en sí, vi que Poshotomi me estaba echando agua en la cabeza. Me senté y me dio de beber agua. Sentía el brazo todo dormido. La punta del hueso sobresalía. Ella se puso a halármelo.

—¿Por qué te rompió el brazo?—preguntó Pokorayoma, creyendo que fuera por celos, como generalmente sucede cuando los maridos pegan.

—Esta mujer tiene el brazo roto—le gritó Poshotomi a Husiwé—la que más trabajaba para tí, ahora ya no podrá hacer nada. ¿Por qué le pegaste?

—Mentira—dijo—. Yo le di un sólo golpe. No puede estar quebrado el brazo.

—Está quebrado—dijo Poshotomi—porque tu agarraste el madero con dos manos y era de los pesados.

—¿Dónde está roto?—preguntó él. Entonces le mostraron. El habló, vio un bultico que sobresalía y dijo:—Sí, está roto. Pero la culpa la tiene ella que dejó al niño solo dándole comida al perro que se murió.

.....
Las mujeres siempre teníamos trabajo hilando y haciendo chinchorros. Kraima me decía:—Ese hijo tuyo ya es grande. Es hora de que tengas otro.

Mi familia iba en aumento. El tiempo pasaba y yo no me encontraba más contenta. La idea de huir de una vida tan sufrida y volver a donde mi gente quedaba en pie. Durante todos esos años, cuando había discusiones entre las otras mujeres de Husiwé

y especialmente cuando él me quería pegar, yo cogía el camino del monte y me iba a llorar, a desahogarme con Miramawé que ya razonaba muy bien.

Primero recogíamos jobsos, qué sé yo, otra fruta; luego nos sentábamos a conversar.

-Hijo -le decía yo-, algún día nos iremos de aquí. Ellos piensan que nos vamos a quedar aquí para siempre. Están equivocados. Yo vivo obligada con ese hombre, no por gusto.

-¿Si no eres de aquí, de dónde vienes tú, mamá? -me preguntaba Miramawé.

-Yo soy otra gente, hijo -le decía-. Hace mucho tiempo que estos indios flecharon a mi papá. A lo mejor ellos se han muerto. A mí también me flecharon. Eran los Kohoroshi-thari. Y le conta- ba toda la historia.

El se quedaba mirando encima de mí y decía:

-¿Entonces, eres Kohoroshi-thariyoma?

No, nosotros somos gente civilizada del río Negro. Mi mamá era civilizada. Mi abuelo era blanco. El era de un sitio que se llama Caracas, una ciudad que dicen. Eso queda lejos, yo nunca he estado allá. Nosotros vivíamos en Cucui, allá entre Venezuela y Brasil. Caracas está en Venezuela, pero arriba, arriba, lejos.

El muchacho miraba encima de mí, casi sin entender. Después preguntaba: -Entonces, si nosotros somos otra gente, ¿por qué estamos aquí?

-Porque no sé adónde ir. Tu hermanito está muy chiquito todavía, pero algún día nos iremos.

Después me preguntaba: -¿Cuándo nos vamos para allá?

-Cuándo Dios tenga lástima de mí -le decía-, cuando El me abra el camino.

-¿Quién es Dios? -decía él.

-Dios es el papá de todo el mundo. El está en el cielo. Nosotros no lo vemos, pero El nos ve a todos nosotros.

.....
Estuvimos allí casi un mes. Husiwé, haciendo su purificación por homicida, vivía solo, en tapirí aparte. Todos los días algunos hombres lo acompañaban al caño para restregarlo con helechos.

Había que hacerle adornos nuevos para cuando dejara de ser homicida.

Husiwé se había delatado a sus enemigos que estaban espian- do desde la otra barranca de la quebrada. Empezaron a flecharlo. Miré de donde habían venido las flechas y vi dos hombres pintados de negro que corrían. Estaba segura que lo habían acertado. Corrí a donde Husiwé. El había tratado de levantarse y se le había salido una tripa fuera.

-Esta vez me acertaron donde está la muerte -dijo.

-¿Dónde está mi hijo Miramawé, el travieso? Llámalo. Napëyoma: vete con estos hijos. No te quedes más con esta gente, porque lo que pasó conmigo va a pasar contigo. Busca tu camino. Vete lejos con estos niños, lejos de aquí. Busca a tus parientes y llévalos a mis hijos para que los críen. -Les apretaba las manos-. Siento que voy a morir y a dejarlos. Vete a criarlos donde tu gente.

Al decir así apretó más duro las manos de los niños, mirán- dos, respiró hondo, cerro los ojos y se quedó muerto.

Yo, preocupada por el niño que no mamaba. Ese día lo enco- mende a San Francisco, prometiendo ponerle su nombre si vol- víamos a la civilización. Después mi hermana, cuando lo bautiza- ron en Puerto Ayacucho, le puso de nombre Manuel Francisco.

Las cenizas de Husiwé estaban guardadas todavía. Nos senta- mos a comer unos jobsos que habíamos recogido. Yo estaba brava y le dije a una de las mujeres:

-Mira. Yo aquí no me voy a seguir. Yo me vuelvo.

-¿Tú quieres morir flechada? -dijo ella.

-Deja que me flechen -contesté llorando-. Matándome no ha- cen ningún mal. Así dejo de trañar tanto; dejo de vivir sufriendo. Mira la cara de hambre que tienen estos niños. Están pasando hambre por culpa tuya.

Nos dirigimos a una cueva. Echamos hojas de casupo en el suelo y nos sentamos. Los niños tenían frío después de aquel aguacero. Allá me puse a pensar: "Si esa mujer avisa que estoy aquí me tengo que huir".

No demoró ni media hora. Oí muy bien que venía gente, llo-

rando y conversando. Me puse brava. ¡Qué bestia aquella mujer! Después de haberme hecho sufrir tanto, ahora me iba a entregar a los asesinos de mi marido.

Homishima agarró a Miramawé y se lo puso en los hombros, diciendo:

A este niño me lo llevo yo. Mi marido me ha mandado a buscarle.

Yo pensé: "Bueno, si aquí intentan matar a mis hijos, me tendrán que matar con ellos".

—Este niño es hijo de mi pariente. Yo lo quiero criar como hijo mío, para que algún día sea cacique de mi gente. Mi hijo quiere mujer. Este niño se va a quedar conmigo; allá le van a pegar. Aquí nadie lo va a molestar.

Miramawé lloraba. Yo, sentada, lloraba también. Al rato Akawé me dio un chinchorro. Lo colgué y me acosté con el niño. Así comencé a vivir con los Puunap-wei-thari. Y con Akawé.

Akawé, a pesar de la mala acogida que me había dado, no me maltrataba. Era verano y yo salía muchas veces con Kraïna a pescar. Toprai era realmente un sitio bonito. Lástima que ahora comenzaba a haber muchos murciélagos. Y muchos más cuando empezamos a guindar los plátanos. Es una fruta que les gusta demasiado. Pero, claro, mordían también a la gente. Muerden por los dedos. A Miramawé me lo mordían mucho, en la cabeza, en los labios. Muerden con esos dientes bonitos que tienen, como de caribe. El murciélago revienta un poquito, chuppa, chuppa y se va. A lo mejor luego viene otro y chupa en el mismo lugar. Mucho, todos, hasta que están llenos. En otra noche puede que vuelvan y así se ponga más grande la herida. Yo estaba morrida en los talones y en el cuello.

.....
Akawé quería seguir para Wiookaya. Yo le dije que no podía más, que me dolía mucho la barriga. Mi barriga no estaba todavía tan grande; pero duele cuando se camina por dos días seguidos, y una se cansa. Entonces me hice un tapirí detrás del shapono viejo. Menos mal que Akawé antes de irse me había prendido el fuego.

Quando comenzó a dolerme mucho, me fui más allá, me senté y parí. Pero enseguida me desmayé y así debí quedar un buen rato. Al recobrar el sentido, grité para llamar a Károyanawé. El vino.

—¿Nació el niño? —me dijo.

—Sí —le contesté.

—¿Y la placenta?

—No ha salido.

Entonces me presionó y salió.

.....
Era el 15 de octubre de 1956; así me dijo Juan Eduardo. Entonces me puse a contar mis años, porque yo había perdido la cuenta de mi edad: ahora tenía 37 años. Pensaba: "Ya no soy una niña; si no encuentro a mis padres, no tengo miedo; de por ahí encontraré donde vivir". Estaba feliz. El río Orinoco parecía todo mío. Era el camino de mi casa, el camino de mi libertad.

Era viernes y teníamos como una semana ahí. Yo me fui con mi gente al conuco de Juan Eduardo. En esos momentos precisamente pasaba remontando mi hermano Anisio en una embarcación. Allí doña Josefa, hermana de Jesús Martínez, que vivía también en el sitio, le gritó y el arrió.

—Tu hermana está aquí —le dijo ella.

—¿Quién, Amancia?

—No, la que los indios se llevaron.

—¿Qué? No puede ser. Fueron los indios del Brasil que se la llevaron. No la podría reconocer si fuera verdad.

—Mira que ella dice tu nombre, el de tu papá y el de tus hermanas.

Me preguntó que le dijese sus nombres.

—Entonces sí es verdad: tu eres mi hermana. —Y se puso a llover un rato.

—Nunca había creído posible encontrarme contigo. Yo no te hubiera reconocido. Cuando te llevaron éramos tan niños.

Total que después de una semana que estábamos allí, Akawé me dijo:

—Los Yanomami que viven río arriba me convidan a irme con

ellos. Ellos no tienen quien les vengue a sus muertos. Yo quiero ir. Me van a dar una mujer como paga si yo les mato a un enemigo.

-Bueno -le dije-. Aprovecha, vete. Pero no mates a nadie. Yo me voy a quedar aquí.

-Tú, cría bien a esos niños -me dijo él-. Ushivei es para tu papá. Totihima es para ti. -Después me pidió ropa de la que nos habían dado en San Fernando y se la di.

Algunos días después el padre Gois se iba Cauaburi arriba, llevándose a Akawé. El iba contento, con sus dos sacos de ropa y sus machetes.

No es cierto que yo he vuelto a la selva, como han escrito por ahí algunos periódicos, porque ya no podía acostumbrarme a la civilización. Eso es una mentira grande. Sí, en la selva hay cosas buenas: cacenía, plátanos, fruta, miel... libertad. Pero, y los flechazos, los golpes, los tigres, las culebras, las rayas, las hormigas. No, nunca llegué a acostumbrarme. Me adaptaba. Bien quisiera tener los medios para conseguir una casa en la civilización y vivir feliz con mis hijos. ¡No vuelvan a decirme que me gusta vivir con los tigres! ¡Veinticuatro años de sustos y amarguras no son tonterías!

He vuelto a la selva, sí, porque no hay sitio para mí en la ciudad. Me quedo contenta al lado de los indios, porque quiero enseñarles cómo pueden ser felices allá mismo; a enseñarles que en nuestra civilización no podrían estar mejor. Por lo demás sigo esperando y teniendo mucha fe en Dios. Esto es todo. Y la pura verdad.

INDICE

3	Prólogo. Fernando Opere.
17	El cautiverio de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.
35	De Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. El Emógrafo, chamán y viajero. Cautiverio feliz entre los araucanos.
51	De la frontera bonaerense en el siglo XVIII. Declaraciones de cautivos.
67	Cautiverio y fuga de Auguste Guinnard en la Patagonia.
89	Andrés Martínez, cautivo de los apaches y kiowas en Nuevo México.
101	Napéyoma, 24 años con los indios yanomami del Orinoco.

Este libro se terminó de imprimir en diciembre de 1997 en Chile por Antártica Quebecor S.A. Miguel Angel Gallego y Asociados S.A. Oficina en Buenos Aires: Maipú 939 1er. piso Tel.: 3123222